

## El Sevillano

Hoy, 19 de abril de 1959, me he montado en el tren que llaman *el Sevillano*, con destino a Barcelona. Yo, Jesús Pérez Capitán, el menor de los hijos de Dimas y Ana. El único de la familia a quien le pagaron estudios, me marcho. Y no sé si volveré. El año pasado terminé por fin y ya tengo el título de profesor mercantil; vamos, que soy un emigrante con formación. Me voy para ver si encuentro trabajo en una gran ciudad y ayudo a mis padres a pagar las deudas que tienen con los médicos de mis hermanos, Juan y Mercedes. Mi hermano Dimas está en Andorra, pero quiere volverse. Aunque mi familia tiene algunas tierras y un bar en frente de *Granaíta*, no les alcanza para devolver lo que deben. Además, el pueblo se me queda chico. Yo quiero conocer mundo y en El Saucejo no pasa ná. Echaré de menos a mi madre y a mi hermano Juan, enfermo desde que se cayó de lo alto de una escalera, cuando era joven.



Echaré de menos a Pedrosa, Tobalito y Alberto, mis mejores amigos. Echaré de menos los entrenamientos y los partidos con el San Marcos CF jugando de defensa. Echaré de menos los ratitos bajo la higuera de la era del *Cortijillo*, las excursiones a las ferias de los pueblos vecinos, la hora del paseo, la romería y el cine de verano, el tapeo, la Cruzcampo y ese cielo azul de mi infancia.

Yo no sé si seré un inmigrante al uso, pero lo cierto es que voy montado en un tren lleno de andaluces que buscan un futuro mejor en otra tierra. Pobres de nosotros. Veo en sus caras el mismo miedo que yo tengo, pero además, con pena y con hambre. Este tren está hecho enterito de madera y nos han metido en un compartimento a ocho, entre mujeres y hombres, más dos niños. Hace una calor infernal, vamos que no se pué aguantar. Con los compañeros de viaje nos hemos contado de qué pueblo somos cada uno y qué planes tenemos para buscar trabajo en Cataluña. Y poco más porque la verdad es que estos pasajeros hablan poco, están tristes y a cada momento se les pierde la mirada en el paisaje que corre por la ventana. Aún estamos pasando por la provincia de Jaén, aún reconocemos estos campos de olivos. Las maletas de cartón atadas con un cinto o con una cuerda se abren a la hora de comer y de dentro sacan sus bocadillos de morcilla y de manteca colorá, con pan de pueblo. Me parece a mí que este pan no lo vamos a encontrar allí arriba. Hasta mañana por la tarde no llegaremos a la Estación de Francia. Veremos a ver cómo pasamos esta noche tanta gente como nos hemos montado en el tren. Aquí dentro huele a gente de campo, a sudor

solidificado en camisas grises de tela gruesa y desgastada. Sería menester abrir las ventanas una chispa.

Pa cuando llegue a Barcelona me han reservado una cama en una pensión, para las primeras noches. En una calle que se llama Muntaner, que aún no sé por dónde caerá, por el centro me parece a mí. En cuanto me instale y me recupere del viaje, iré a visitar a Antonio el de Rito y a José María Progreso. Ellos viven en Hospitalé, ya encontraron trabajo y no quieren ni oír hablar de volverse al pueblo. Son de familias de rojos y han pasado muchas penurias estos años. Al padre de José María lo fusilaron los nacionales. Dicen que eso es lo que pasa por meterse en política aunque en los años de la guerra, o eras de un bando o eras del otro. Sin gama de grises. Hay más paisanos desparramados por Barcelona y sus alrededores: Sabadé, Santa Coloma, Badalona, Rubí, qué sé yo! Con estos nombres tan raros. Y por aquí en la capital también tengo familia, unos pocos tíos y primos que están viviendo en las chabolas de Montjuic. Algún trabajo me saldrá, digo yo. Y aunque los catalanes tengan fama de no ser muy juerguistas, los amigos ya me han avisado de que el domingo iremos a un baile que han montado en el Pueblo Español, para celebrar que el Barça ha ganado la liga. Ay, mi Sevilla CF, qué lástima de desarraigo.

Dedicado a toda la gente del Saucejo que tuvo que emigrar a donde fuera.

Anna Pérez Quintana. Barcelona, 26/6/18